

Natsume Soseki

Soy un gato

Traducción del japonés
de Emilio Masiá López

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Wagahai wa neko de aru*

Primera edición: 2020

Segunda edición: 2023

Ilustración y diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsuarez.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Emilio Masiá López, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1148-302-5

Depósito legal: M. 5.563-2023

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Capítulo 1

Soy un gato. No tengo nombre y tampoco sé dónde nací.

Sólo recuerdo que la primera vez que vi a un ser humano maullaba en un rincón oscuro y húmedo. Este ser humano, según supe más tarde, pertenecía a una temible especie, la de los *shosei*, estudiantes que a cambio de alojamiento realizan tareas domésticas. Estos estudiantes hasta osan, a veces, darnos caza, para después echarnos a la olla y saciar sus apetitos. En cualquier caso, como entonces aún no conocía la índole de estas criaturas, no tenía miedo. Pero aquel día, cuando el estudiante me puso sobre la palma de su mano, sentí de pronto que me elevaba suavemente en el aire. Cuando me acostumbré a esa posición, observé su cara. Aquella debió de ser la primera vez que veía de cerca un rostro humano. No puedo olvidar la extrañeza que me produjo. La cara, que esperaba ver cubierta de pelo como la mía, parecía depilada y brillaba como una reluciente tetera. Desde ese día me he cruzado con muchos otros rostros, pero jamás vi semejante deformidad. El centro de la cara sobresalía en exceso y de los orificios de esa protuberancia salían esporádicamente volutas de humo. Al principio, me apuré bastante con la humareda irrespirable; ahora ya sé que se trata del humo de tabaco que los humanos inhalan al fumar.

Por un momento, me cobijé cómodamente en la palma de la mano del estudiante, pero, al poco, tuve la impresión de que empezábamos a movernos rápidamente. No sabría decir quién se movía, si el estudiante o yo; en cualquier

caso, se me estaba nublando la vista y todo daba vueltas a mi alrededor. Cuando me di cuenta de lo que pasaba, ya era irremediable; oí un estruendo y sentí como si me ardiesen los ojos. Por más que lo intento, apenas puedo recordar nada más del incidente.

De repente, recuperé la conciencia, el estudiante se había esfumado. No veía a ninguno de mis numerosos hermanos. Hasta mi madre había desaparecido. Me encontraba en un sitio completamente diferente y tan iluminado que apenas podía abrir los ojos. Todo era muy confuso; al gatear torpemente sentí un fuerte dolor. Acababan de tirarme desde el cesto y estaba en medio del campo entre retoños de bambúes.

Al fin, conseguí salir de aquel campo, frente a mí se extendía un gran estanque. Me senté en la orilla y empecé a pensar qué hacer a partir de ahora. Pero no se me ocurría nada. Al rato, intenté maullar confiando en que el estudiante volvería a recogerme. Maullé y maullé, pero nadie vino. Una ligera brisa sopló sobre el estanque y comenzó a oscurecer. Tenía hambre. Quería llorar, pero me faltaban las fuerzas. No había nada que hacer, a lo sumo buscar algo que llevarme a la boca. A paso lento, empecé a bordear el estanque por la orilla izquierda. Pero sentía mucho dolor. Saqué fuerzas de flaqueza y continué, como pude, hasta llegar donde mi olfato detectó presencia humana. Quizás allí podría encontrar algo. Aproveché un agujero en la valla de bambú para colarme en esa propiedad. Nuestro destino es un misterio: de no haber encontrado aquel agujero en la valla, tal vez habría muerto de hambre en una esquina del camino. Desde entonces, ese agujero me sirve de pasadizo cuando voy a visitar a mi vecino, el gato atigrado Mike. Una vez dentro de la casa, no sabía qué hacer. En ese intervalo, se hizo oscuro y empezó a llover; además, tenía hambre y frío: no había tiempo que perder. Empecé a merodear en busca de un lugar más iluminado y cálido. Ahora me

doy cuenta de que ya estaba en el interior de la casa. Aquí tendría una oportunidad propicia para observar a otros sujetos de esta raza además del estudiante. La primera persona que encontré fue la criada, por cierto, mucho más violenta que el estudiante; en cuanto me vio, me agarró del cuello y me echó de casa al patio trasero. Aquello pintaba muy mal; cerré los ojos y encomendé mi destino a la providencia. Pero el hambre y el frío eran amenazadores. Aprovechando un descuido, volví a colarme en la cocina. Al instante, ella me agarró y me echó fuera otra vez. El proceso volvió a repetirse cuatro o cinco veces más, siempre con el mismo resultado: nada más colarme en la cocina, ella me agarra y me echaba fuera de malas maneras. Desde aquel día, no soporto a la criada. Recientemente, me he dado el gusto de vengarme robándole unos pescaditos asados que pensaba comerse la señora. Cuando se disponía a echarme definitivamente de la casa, apareció el dueño preguntando qué era aquel escándalo. La sirvienta me agarró del pescuezo y le dijo al dueño:

—Este gato abandonado es un estorbo, no deja de colarse en la cocina una y otra vez —el hombre observó atento mi cabeza mientras tocaba los pelillos oscuros de su nariz. Después, dijo:

—Entonces, déjalo que se quede —y volvió al interior de la casa. Parecía un hombre de pocas palabras. La criada me echó al suelo de la cocina de mala gana. Así fue como aquella casa se convirtió en mi nuevo hogar.

Pocas veces me cruzo con mi dueño. Al parecer, se dedica a la enseñanza. Cuando regresa de dar clase en el colegio, se recluye en su despacho el resto del día y apenas sale. En casa todos lo consideran un gran estudioso. Él mismo se las da de gran investigador. Sin embargo, la verdad es que no es tan sabio como aparenta. Cuando me cuelo sigiloso en su despacho, a menudo lo sorprendo echando una cabezadita. A veces, incluso se le cae la baba sobre alguno de los

libros que está leyendo. Tiene el estómago débil y mal color de cara, da la impresión de estar agarrotado y falto de vitalidad. A pesar de los achaques, tiene muy buen saque. Tras darse un buen atracón, toma bicarbonato para aliviar sus problemas estomacales. Después, abre un libro. Al cabo de dos o tres páginas, le entra la modorra. Un hilillo de saliva pende sobre el libro. Ésta es su rutina cotidiana al atardecer. Aunque soy un gato, a veces me da por pensar. Llego a la conclusión de que el trabajo del profesor es verdaderamente cómodo. Si renaciera como humano, quisiera hacerlo en la piel de un profesor. Un trabajo que se puede realizar durmiendo tanto, hasta un gato podría hacerlo. Sin embargo, según mi dueño, no hay nada tan duro como la vida del maestro, y cada vez que recibe la visita de sus amigos no deja de refunfuñar quejándose de su empleo.

Cuando empecé a vivir en esta casa, yo no gozaba de popularidad entre los demás moradores, a excepción de mi dueño. Dondequiera que estuviese no me hacían caso. Prueba de ello es que hasta el día de hoy nadie se ha tomado la molestia de ponerme siquiera un nombre. Acepto que las cosas son así y, al menos, procuro estar siempre al lado de mi dueño que me acogió aquí. Por la mañana, cuando lee el periódico, salto a su regazo. Por la tarde, a la hora de la siesta, me echo sobre su espalda. No es que tenga una predilección especial por mi dueño, sino que no tengo a nadie más. He probado sucesivamente diferentes experimentos: por las mañanas duermo sobre el recipiente de madera donde conservan el arroz hervido, por las tardes me meto en el brasero, y los días de buen tiempo me tumbo en la galería. Pero lo que más me agrada es colarme por la noche en la habitación de las pequeñas y acurrucarme entre ellas. Son dos niñas, la mayor de cinco años y la menor de tres, duermen juntas en esa habitación. Siempre encuentro algún hueco en el que meterme sigilosamente a dormir entre las dos, pero si tengo la mala fortuna de que una de las

niñas se despierte, lo que ocurre después es lamentable. Las niñas, sobre todo la pequeña, tienen un carácter un poco difícil y en cuanto me descubren, se ponen a gritar «¡Ha entrado el gato, ha entrado el gato!», sin importarles lo más mínimo que estemos en mitad de la noche.

Entonces mi dueño, cuyo nerviosismo le repercute siempre en el estómago, desde la habitación contigua salta de la cama y viene corriendo. Sin ir más lejos, hace unos días, regla en mano me pegó una buena ristra de mandobles en el trasero.

Convivo entre seres humanos, y cuanto más los observo, más me convenzo de su egoísmo. Sobre todo, el de las niñas con las que a veces duermo sobre el futón. Lo de mis compañeras de cama no tiene nombre. Cuando les da la gana, me ponen colgando bocabajo, me encasquetan una bolsa en la cabeza o me lanzan contra el fogón de la cocina. Y si se me ocurre hacer una travesura, todos en la casa se abalanzan sobre mí. El otro día, cuando me afilaba las uñas en la estera de tatami, la señora de la casa se enfadó tanto que desde entonces ha vetado mi entrada en la habitación de tatami. Aunque esté titiritando de frío sobre el suelo de madera de la cocina, se muestra indiferente.

Shiro, la gata vecina a la que tanto admiro, siempre me dice que los seres humanos carecen de sentimientos. Recientemente, parió cuatro gatitos pequeños y redondos como bolitas, pero al cabo de tres días el estudiante que se hospeda en su casa se los quitó y los tiró al estanque. Tras relatarme lo sucedido entre lágrimas, me dijo que, si los gatos queremos vivir en paz con nuestros seres queridos, nuestra única salida es rebelarnos contra los humanos. No hay más remedio que plantarles cara y acabar con ellos. Me parece un planteamiento acertado. En cambio, a mi otro vecino, el gato Mike, que vive en la casa de al lado, lo que más le indigna de los humanos es su desconocimiento de la propiedad privada. Entre nosotros, se da por descontado

que quien primero encuentra algo, ya sea la cabeza de una sardina o las vísceras grises de un mújol, se gana el derecho de comérselo. Sin embargo, los humanos parecen obviar dicho derecho; entre nosotros, en caso de que no se respete tal regla tácita, la cuestión se dirime por la fuerza. En cambio ellos, cada vez que encontramos algo bueno para comer, nos lo quitan de malos modos. Se aprovechan de su mayor fortaleza para robar lo que tenemos derecho a comernos. La gata blanca vive en la casa de un militar y el gato atigrado en la de un abogado. Como yo vivo en la casa de un maestro, me tomo estas cosas más a la ligera. Vivir al día, sin más, me parece suficiente. Y en cuanto a los hombres, por más elevada que sea su especie, no van a existir para siempre. Más vale esperar pacientemente, ya vendrán mejores tiempos para los gatos.

A propósito de esta manera caprichosa de ser de los humanos, ahora relataré un fracaso que tuvo mi dueño por su comportamiento egoísta. En primer lugar, debo decir que mi dueño es, de por sí, una persona que no destaca en nada, pero con tendencia a probarlo todo. Le da por escribir haikus y enviarlos a la revista *Hototogisu*; también escribe nueva poesía para publicarla en las páginas de *Myojo*. Hasta se atreve a redactar en inglés textos en prosa plagados de errores; también se aficiona al tiro con arco, al canto o le da por recitar fragmentos de teatro *No*, y, si se decide por tocar el violín o algún instrumento, desafina de lo lindo. Lo más triste de todo es que ninguna de estas cosas se le da bien. A pesar de sus problemas de estómago, cada vez que se aficiona a algo, practica con verdadero ahínco. También le da por cantar cuando está en el cuarto de baño. En el vecindario lo llaman «El tenor del cuarto de baño», pero a él no le importa lo más mínimo y sigue entonando *Yo soy Munemori, el de la familia Taira*. Todos, al verlo, se ríen de él: «Mira, por ahí va Munemori».

No sé qué le pasaría por la cabeza a mi dueño, pero un día de paga, al cabo de un mes de llegar yo aquí, volvió

apresurado a casa cargado con un gran paquete. Me preguntaba qué habría comprado. Enseguida vi que se trataba de acuarelas, pinceles y un papel especial llamado «Whatman»; por lo visto, desde hoy abandonaba la escritura de haikus y el canto para concentrarse en la pintura. En efecto, a partir del día siguiente y durante cierto tiempo, pasaba los días pintando acuarelas recluido en su despacho; ni siquiera descansaba a la hora de la siesta. Sin embargo, nadie que observase sus cuadros terminados sabría decir qué había pintado. Tal vez hasta él mismo dudaba de su talento como pintor. Un día recibió la visita de un amigo, especialista en estética, y pude escuchar la conversación siguiente:

–Pintar es realmente difícil. No nos damos cuenta de la dificultad que entraña hasta que probamos a tomar un pincel –reconoció honestamente mi dueño.

Su amigo, observando a mi dueño a través de sus anteojos de montura dorada, contestó así:

–Es comprensible que al principio los resultados no sean los esperados. Además, pintar desde un interior recurriendo a la imaginación no es lo más idóneo. El maestro italiano Andrea del Sarto solía decir que para pintar conviene elegir un tema natural y expresarlo tal cual. En el firmamento, las estrellas. En la tierra, el rocío. En el cielo, los pájaros volando. Sobre la tierra, los animales corriendo. En un estanque, carpas de diferentes colores. En un árbol centenario, grajillas invernales. La naturaleza es un cuadro viviente. Si quieres pintar como un auténtico pintor, ¿por qué no empiezas dibujando bocetos?

–¿Eso decía Andrea del Sarto? No tenía la menor idea. La verdad es que tenía mucha razón –contestó mi dueño, ingenuamente impresionado. Su amigo, gran conocedor de la estética, lo miró a través de sus anteojos dorados esbozando una leve sonrisa.

Al día siguiente, cuando echaba una siesta en la galería, mi dueño salió de su despacho, algo insólito, y empezó a

realizar a mis espaldas una serie de preparativos aceleradamente. En ese momento, me desperté y entreabrí un poco un ojo para observarle: el profesor, absolutamente concentrado, se había transformado en el mismísimo Andrea del Sarto. Al verlo así no pude contener la risa. Ahí está bosquejando un retrato mío al natural por culpa de la tomadura de pelo de un amigo. Había dormido lo suficiente. Tenía muchas ganas de bostezar, pero me daba lástima moverme viendo a mi dueño pincel en mano dibujando entusiasmado, así que me armé de paciencia y esperé. Ya había perfilado mi contorno y ahora se disponía a dibujar mi cara. Les confieso algo: soy un gato de lo más normal. Creo que en cuanto a figura, pelaje o facciones, no destaco en nada sobre los demás gatos. Pero por poco agraciado que sea, no me parece que comparta ningún rasgo con el raro boceto de un gato que está pintando mi dueño. En primer lugar, el color es inapropiado. Mi pelaje, como el de los persas, tiene tonos pardos sobre un fondo amarillo y gris pálido. Es algo que salta a la vista de cualquiera. El color que mi dueño ha utilizado no es ni amarillo ni negro, ni gris ni marrón, ni siquiera una mezcla de estos colores. Sólo puede decirse que ha utilizado un tipo de color, imposible precisar más. Lo más sorprendente es que me ha dibujado sin ojos. Podría argumentarse que sólo es un boceto de un gato durmiendo, pero precisamente como no tiene ojos, no queda claro si se trata de un gato dormido o un gato ciego. Me digo para mis adentros que esto es infumable, por mucho que presuma de imitar el estilo de Andrea del Sarto. Sin embargo, no dejaba de admirarme su determinación inquebrantable. Si estuviese en mi mano, no habría cambiado de postura, pero hacía rato que tenía ganas de orinar. Además, tenía el cuerpo agarrotado de no moverme. Al fin, cuando ya no me vi capaz de aguantar siquiera un minuto más inmóvil, estiré las patas delanteras y el cuello a la vez que daba un gran bostezo perdiendo toda compostura. Ya no tenía sentido

seguir quieto. Como ya había echado al traste el plan de mi dueño, ya podía irme a dar una vuelta por el jardín libremente, así que, sin más, eché a andar perezosamente. En el acto, a mis espaldas escuché el alarido de mi dueño enfadado y decepcionado: «¡Tonto!». Por lo visto, siempre recurría al mismo insulto cuando quería faltar, tal vez no conocía más descalificativos, pero me pareció una falta de educación teniendo en cuenta la paciencia que había tenido. Si me hubiera puesto buena cara, cuando me subía a su regazo, le toleraría sus malos modos, pero gritarme sin el más mínimo gesto de afecto, por el simple hecho de levantarme a aliviar mis necesidades, me parecía exagerado. Por naturaleza, los humanos son unos engreídos que se vanaglorian de su fuerza bruta. A no ser que aparezcan unos seres más fuertes que los maltraten como ellos hacen, no sé hasta dónde llegará su presuntuosidad.

Hasta cierto punto, ese egoísmo caprichoso podría ser pasable, pero han llegado a mis oídos sucesos peores que éste, que prueban hasta qué punto pueden ser inmisericordes los humanos.

En la parte trasera de la casa hay una plantación de té de unos treinta metros cuadrados. Aunque no es muy grande, es un terreno bien cuidado y agradable, especialmente en días soleados. Cuando, por ejemplo, las niñas hacen tanto ruido que no puedo echar una cabezada o cuando el aburrimiento es tal que hasta me pongo mal del estómago, suelo darme una vuelta por ese campo para tranquilizarme. Un día soleado de otoño en torno a las dos, tras una agradable siesta, decidí dar una vuelta por la plantación y de paso estirar las patas. Fui olfateando las hileras de plantas de té hasta llegar a una valla de cedro en el lado oeste de la plantación. Allí había un gato enorme durmiendo plácidamente sobre unas hojas marchitas de crisantemo. Parecía totalmente ajeno a mi presencia, o indiferente, tan sólo roncaba profundamente durmiendo tendido a lo largo.

Me asombraba la osadía de aquel gato durmiendo en jardín ajeno como si tal cosa. Era un gato totalmente negro. Los rayos de sol vespertinos parecían incidir sobre su pelaje corto creando reflejos brillantes. Por su porte, diríase que era el mismísimo rey de los gatos. Era, por lo menos, dos veces más grande que yo. Admirado y lleno de curiosidad, me detuve ante él sin pensar en nada. La brisa templada otoñal mecía levemente las ramas de una paulonia, que asomaba sobre la valla de cedro, y unas pocas hojas habían caído sobre los crisantemos marchitos. De repente, el monarca abrió sus redondísimos ojos. Aún recuerdo aquel momento. Sus pupilas brillaron aún más que esos sombríos tonos de ámbar que tanto aprecian los humanos. Seguía inmóvil. Pareció despedir la luz concentrada en sus ojos, que luego se reflejaba en mi pequeña frente, y dijo:

—¿Y tú quién eres?

El tono me pareció inapropiado para un rey de los felinos domésticos, pero su voz profunda y tan poderosa como para acallar hasta a un perro me dio miedo. Me di cuenta de que sería más peligroso faltarle al respeto quedándome callado, y contesté tratando de aparentar indiferencia, aunque sentía que el corazón me salía del pecho:

—Soy un gato, aunque aún no tengo nombre.

Él respondió con desdén:

—¿Cómo? ¿Tú, un gato? A todo esto, ¿dónde vives? —ciertamente era un insolente.

—Vivo al lado en la casa del profesor.

—Ya me lo imaginaba. Por cierto, qué flacucho estás —ciertamente se daba muchos aires al hablar. No parecía tener muy buenos modales. Parecía vivir bien y estar bien alimentado, pues estaba bien rollizo.

No pude evitar preguntarle:

—¿Tú quién eres?

—Soy el gato negro del cochero de la calesa —respondió altivamente.

En el vecindario este gato negro de la casa del cochero tenía fama por su carácter violento. Aunque es fuerte, por su crianza en casa de cochero, también carece de educación y pocos se relacionan con él. Todo el mundo se había aliado para mantenerse a cierta distancia de él, con frialdad respetuosa. Al oír su nombre, sentí una mezcla de respeto y desdén. Para comprobar hasta qué punto llegaba su ignorancia, seguí preguntándole:

—¿Quién crees que es superior, el dueño de una calesa o un profesor?

—Eso es evidente, el conductor de calesa es más fuerte. Mira a tu profesor, si no tiene más que huesos.

—Por lo que veo, a ti te cuidan muy bien. Se debe de comer muy bien allí.

—Mira, no me gusta estar a la sopa boba. En vez de dar tanta vuelta por este cultivo de té, sígueme y verás como en un mes nadie te reconoce de lo gordo que estás.

—Sí, lo tendré en cuenta. Por cierto, ¿qué te parece que la casa de mi dueño, el profesor, sea más grande que la de tu dueño, el cochero?

—¿Cómo te atreves a hablar así? Por grande que sea tu casa, eso no te llena el estómago —parecía muy enfadado, sus orejas en punta parecían pequeños retoños de bambú.

Así es como conocí a Kuro, el gato negro del cochero, un gato de abundante y oscuro pelaje. Después de aquello, suelo encontrarme con él de vez en cuando. Cada vez que me lo cruzo, se muestra tan altivo como cabría esperar del gato de un cochero. Pero el lamentable suceso que escuché referir hace poco me lo contó él.

Un día el gato negro y yo charlábamos tumbados al sol en la plantación de té. Él, como de costumbre, repetía orgulloso todas las historietas de sus hazañas cuando de repente se volvió hacia mí y me preguntó:

—Por cierto, ¿cuántas ratas has cazado en tu vida?

Me consideraba más listo que el gato negro, pero en cuanto a fuerza y valor me parecía evidente su superioridad.

Su pregunta me dejó descolocado. Pero como no sirve de nada negar la realidad, le dije:

–La verdad es que lo he pensado a veces, pero todavía no cacé ninguna.

El gato negro soltó una carcajada, los largos pelos de su bigote vibraban alargados. Se nota que, aunque presume de hazañas, esconde tras su altivez algún punto flaco, pero si mostramos interés en sus bravuconadas y lo escuchamos ronroneando atentamente, es un gato muy fácil de tratar. Al poco de empezar a frecuentarlo, aprendí a comportarme así; en esta ocasión, me daba cuenta de que sólo empeoraría las cosas si trataba de quedar en buen lugar. Me pareció más idóneo desviar la conversación hacia sus gestas, y le dije muy serio:

–Por tu edad, debes de haber cazado muchas ratas, ¿verdad? –como esperaba, cayó en mi trampa.

–Bueno, no tantas, entre unas treinta o cuarenta ratas –dijo jactándose–. Podría enfrentarme con cien y hasta doscientas ratas yo solo, pero con las comadreas ya es otra cosa. En una ocasión me llevé un buen disgusto con una de ellas.

–Ya entiendo –le dije asintiendo.

El gato negro parpadeó con sus grandes ojos:

–Sucedió el año pasado, el día de limpieza general en casa. Mi dueño se estaba metiendo bajo el entarimado del tatami con una bolsa de cal cuando de repente de un salto salió volando una enorme comadreja.

–¿De verdad? –le dije con fingido interés.

–Bueno, la comadreja, aunque un poco más grande, no es más que una rata, me dije, y salí a darle caza hasta acorralarla en una zanja.

–Excelente –le dije felicitándolo.

–Pero justo en ese momento, levantó la cola y se tiró un pedo apestoso. Desde entonces, cada vez que veo una comadreja se me revuelve el estómago –decía mientras se

rascaba con las patas delanteras el hocico como recordando el suceso.

Me dio un poco de lástima. Traté de animarlo:

–Pero si se trata de ratas, con sólo una mirada tuya caerán fulminadas. Gracias a tu habilidad cazadora has podido comerte muchas, por eso estás fuerte y de buen ver –sin embargo, en vez de animarle, mis palabras tuvieron el efecto contrario: el gato negro resopló disgustado.

–Cuando pienso en ello, me da mucha rabia. Por más que me esfuerce en cazar ratas y aportar algo a casa, no hay seres más insolentes en este mundo que los humanos. Cada rata que atrapo me la quitan y la entregan en la garita de policía del barrio. Como el policía no sabe quién ha cazado cada rata, entrega cinco sen por rata. Por ejemplo, mi dueño, que gracias a mí ha ganado un yen y cincuenta sen, jamás me ha puesto una comida decente. Los humanos en el fondo son todos unos ladrones.

Hasta un gato como él podía razonar así. Estaba tan enfadado que el pelaje de la espalda se le erizaba. La conversación me deprimió un poco, y como el que no quiere la cosa me escabullí y volví a casa. Desde aquel día, tomé la decisión de no cazar jamás una rata. Rechacé, incluso, acompañarle a cazar. Me parece más agradable echarse una cabezada que darse un atracón de comer. Probablemente al vivir en la casa de un intelectual como mi dueño me estaba contagiando su carácter. Como no llevase cuidado, acabaría incluso padeciendo sus problemas de estómago.

Por cierto, hablando de maestros, últimamente mi dueño parece haberse dado cuenta de sus nulas esperanzas de convertirse en un pintor de acuarelas. El 1 de diciembre anotó lo siguiente en su diario:

«En la reunión de hoy por primera vez me encontré con fulano. Dicen que lleva una vida bastante disoluta; de hecho, por su aspecto salta a la vista que es un libertino. Como este tipo de hombres suelen atraer a las mujeres,

sería más acertado decir que, más que llevar una vida disoluta, estaba destinado a vivirla. Su esposa, al parecer, es una *geisha*, hecho que me parece envidiable. En realidad, la mayoría de quienes critican a los vividores son incapaces de gozar de la vida. También entre los que se las dan de vividores, son muchos los que realmente no saben disfrutar de los placeres. Son personas que se ven empujadas a llevar esa vida de placer y lo intentan a toda costa. Me ocurre lo mismo con las acuarelas, pero admito que es difícil llegar a dominar este arte. Pues bien, estas personas, a pesar de todo, creen que sólo ellas son personas de mundo. Si se argumenta que por el simple hecho de frecuentar restaurantes y beber sake o gozar del entretenimiento de las *geishas*, se merece uno el nombre de vividor, por el mismo razonamiento yo puedo ser considerado un pintor de acuarelas de renombre; pero más me valdría no dedicarme a las acuarelas. Asimismo, creo que cualquier campesino rudo está por encima de los que se las dan de conocedores del mundo».

No comparto la opinión del maestro en cuanto a los hombres de mundo. Además, viniendo de alguien como él, me parece poco sensato el comentario acerca de lo envidiable de tener por esposa a una *geisha*; en cambio, coincido plenamente en la valoración que hace sobre sus habilidades pictóricas. Mi dueño, aunque tiene una gran capacidad para analizarse, no ha conseguido aún liberarse de la vanidad. Al cabo de dos días, el 4 de diciembre escribió lo siguiente en su diario:

«Anoche soñé que alguien había cogido una de las acuarelas que yo había tirado a una esquina por desmerecer. De repente, aquella pintura sin valor se había transformado en una excelente acuarela enmarcada en la pared. Contemplé el cuadro: me había convertido en un maestro de la pintura. Me desbordaba la alegría. Pasé un largo rato contemplando solo aquel cuadro soberbio, pero al romper el alba fue como si me abrieran los ojos, con los primeros

rayos de luz matutina quedó claro que el cuadro era tan lamentable como el que yo había pintado».

Al parecer ni siquiera en sueños logra quitarse el sentimiento de pesar que le producen sus propias acuarelas. No se podía decir que fuese un gran pintor ni muchísimo menos vividor y buen conocedor del mundo.

Al día siguiente del sueño de la acuarela, recibió la visita de su amigo, el profesor de estética con anteojos de montura dorada. Había pasado tiempo desde su anterior visita. En cuanto tomó asiento, le dijo:

—¿Cómo va la pintura?

Mi dueño contestó como si tal cosa:

—Tal como me aconsejaste, me estoy concentrando en tomar bocetos al natural; la verdad es que ayuda a captar mejor la forma y los cambios de luminosidad, de los cuales hasta ahora no me había dado cuenta. Si la pintura occidental ha evolucionado tanto hasta hoy es precisamente por hacer hincapié en la importancia de pintar al natural. Estaba muy en lo cierto Andrea del Sarto.

No parece que tenga intención de comentar lo que escribía en su diario y ya vuelve a las andadas interesándose por el maestro Andrea del Sarto. Su amigo, el esteta, se rasca la nuca y se echa a reír:

—Si te digo la verdad, lo de Andrea del Sarto es un invento mío.

—¿Cómo? —mi dueño parece que todavía no sé da cuenta de que le han tomado el pelo.

—Toda la historia de Andrea del Sarto, por quien mostrabas tanto interés, me la he inventado. No imaginaba que te lo crearías de esa manera —dijo riendo muy contento.

Yo los escuchaba desde la galería. Me preguntaba qué escribiría hoy mi dueño en su diario. A este esteta no había cosa que le divirtiese más que tomarle el pelo a la gente. Parece no darse cuenta del efecto que ha tenido en mi dueño toda esta invención de Andrea del Sarto:

—A veces sólo estoy bromeando y la gente se toma en serio mis palabras. Eso provoca una situación cómica y estética muy interesante. El otro día le dije a un estudiante que Nicholas Nickleby recomendó a Gibbon dejar de utilizar el francés para escribir su obra cumbre, *Historia de la Revolución francesa*, y que lo convenció de publicarla en inglés. Lo más gracioso de todo es que el estudiante, como tiene buena memoria, repitió muy seriamente lo que dije en el Círculo de Literatura Japonesa. Por cierto, ese día habría unos cien oyentes que asistían al acto, y todos escuchaban con el mayor de los intereses. Pero tengo otra anécdota todavía mejor. Recientemente, estaba con un grupo de literatos cuando uno de ellos mencionó *Theophano*, la novela histórica de Harrison Ainsworth; yo comenté que era una obra muy destacable entre las del género histórico. Añadí, también, que el pasaje que narra la muerte de la protagonista era impresionante; el hombre sentado delante de mí, uno de esos maestros de los que nunca en la vida han dicho «no sé», enseguida me dio la razón corroborando la excelencia de dichos pasajes. Eso me confirmó que, como yo, él tampoco había leído la novela.

Mi dueño, con los ojos abiertos de par en par y esos nervios que le repercutían en el estómago, preguntó:

—Vale, pero ¿qué ocurriría si sueltas uno de esos disparates y la otra persona ha leído el libro?

Por lo visto, el maestro no da importancia al engaño implícito de la broma, tan sólo al hecho de ser descubierto.

—En tal caso, diría que me he confundido con el título de la obra o algo por el estilo —dicho lo cual, se echó a reír de nuevo como si nada.

Este esteta, aunque luzca anteojos con montura dorada, en cuanto a carácter se parece más al gato negro del conductor de calesas. Mi dueño no dijo nada, tan sólo expulsó unas bocanadas de tabaco, que dibujaron círculos en el aire, con cara de incredulidad ante el atrevimiento de su amigo

y del que él se veía incapaz. El esteta le miraba, a su vez, como quien dice «por este camino nunca llegarás a pintar bien».

—Bromas aparte, pintar es realmente difícil. Al parecer, Leonardo da Vinci recomendaba a sus discípulos tomar bosquejos de las manchas de las paredes de la catedral. Decía lo siguiente: «Por ejemplo, cuando entremos al lavabo, conviene observar atentamente la forma que las goteras de la lluvia dibujan sobre las paredes; ahí hallamos una composición excelente, un dibujo que surge directamente de la naturaleza. Si os esforzáis pintando así, lograréis crear una obra valiosa».

—¿Otra de tus invenciones?

—No, te aseguro que ésta es cierta. ¿No te parece una idea ingeniosa digna del mismísimo Leonardo da Vinci?

—No cabe duda de que es ingeniosa la idea —añadió mi dueño sin mucho convencimiento, al menos no tanto como para salir disparado para el cuarto de baño a dibujar bocetos al natural.

El gato negro que vive en casa del conductor de calesas está muy desmejorado. Su pelaje lustroso está como apagado, ha perdido viveza. Sus ojos, que antes equiparaba con el ámbar, ahora están plagados de legañas. Pero lo que más salta a la vista es su falta de vitalidad y empeoramiento físico. La última vez que lo vi en la plantación de té, le pregunté cómo se encontraba y me contestó así:

—Ya estoy cansado del olor mugriento de las comadrejas y de ser apaleado por el pescadero.

Empezaron a caer las primeras hojas otoñales en los pinares. Caen como sueños del pasado. Cerca un manto de pétalos blancos y rojos de las camelias *sasanquas* deja desnudas sus ramas. En la galería, de unos dos metros dando al sur, los rayos del sol invernal declinan cada vez más, raro es el día en que no sopla un viento frío; se acorta así el tiempo de que dispongo para echar siesta en este rincón.

Mi dueño cada día va al colegio. Al volver, se encierra en el despacho. Cuando recibe alguna visita, no deja de quejarse de su profesión de maestro. Ya apenas pinta acuarelas. Dejó de tomar las pastillas para el estómago, dice que no tienen efecto. Es admirable cómo las niñas van cada día al parvulario.

Cuando vuelven a casa cantan, juegan a la pelota o se entretienen tirándome de la cola.

Como no me dan buenas comidas, no engordo demasiado; lo que intento es mantenerme sano y no quedarme en los huesos. Tan sólo vivir al día. Jamás se me ocurre cazar ratones. Sigo detestando a la criada. Todavía no me han puesto nombre, pero no se puede tener todo en esta vida. Debo resignarme, estoy mentalizado para pasar el resto de mis días en la casa de este profesor siendo un gato anónimo.

Capítulo 2

Desde Año Nuevo gozo de cierta fama, lo cual es de agradecer y, como gato, me enorgullece.

La primera mañana del año mi dueño recibió una postal de felicitación de un pintor amigo suyo. La parte superior estaba pintada en rojo; la parte inferior, en un denso color verde, y en el centro, pintado a pastel, un animal acurrucado. Mi dueño, en su estudio, observaba detenidamente el dibujo desde diversos ángulos mientras elogiaba su color. Manifestado su agrado, pensé que ahí quedaba la cosa, pero continuó observando el dibujo, poniéndolo horizontalmente y después verticalmente. Con el fin de observarlo mejor, contorsionaba todo el cuerpo, estiraba los brazos como un anciano consultando *El libro de la adivinación*, después se volvía hacia la ventana y colocaba el dibujo bajo su nariz para examinarlo todavía más. Esperaba que terminase cuanto antes, porque le temblaban las rodillas y temía perder equilibrio. Cuando al fin cesó el movimiento, le oí decir en voz baja: «¿Qué será este dibujo?». Mi dueño admiraba los colores del dibujo, pero parecía inquieto por no distinguir el animal en cuestión. ¿Tan difícil de captar era la ilustración de la postal? Con los ojos medio abiertos, observé despacio la pintura: reproducía la figura de un gato, era un cuadro mío. No creo que el autor se considerase a sí mismo un Andrea del Sarto, como mi dueño, pero buen pintor debía de ser, pues la composición, color y forma estaban muy logrados. Cualquiera con un poco de capacidad para distinguir una obra reconocería el cuadro magistral de